

De actualidad

# Concentraciones y comuniones



Hemos leído otras manifestaciones, las últimas hasta ahora, del conde de Romanones. ¿Otras? No; en rigor son las mismas, las que viene haciendo hace tiempo. Y en ellas dice, entre otras cosas, que si hubo tiempo en que pensó que habiendo recibido de su país todo lo que un hombre puede ser le debía un sacrificio, y estaba dispuesto a ir de comisario de Marruecos, que hoy ni atado y conducido por la Guardia civil iría. Y añade: “Ni sé qué otro hombre civil pueda realizar lo que yo no me atrevería a hacer.” ¿Civil? Ni militar, agregamos. Aunque todo alto comisario de Marruecos, sea militar o no, no puede actuar con eficacia, sino civilmente.

“Ni atado” dice Romanones que iría a Marruecos a servir a su patria. Atados los llevan allí a otros. ¿A servir a qué o a quién? Algunos, a morir; otros, a volver con la muerte en el cuerpo o en el alma.

Y al paso que vamos, llegará—y pronto—día en que ni atado quiera ir a los Consejos de la Corona ningún hombre público que conserve alguna solvencia política y un resto siquiera de conciencia ciudadana. Ni atado.

Dice luego el conde que tal puede ponerse lo de Marruecos que no baste a resolverlo un Gobierno ni una concentración liberal, sino que tengan que concentrarse todos. ¿Todos? ¿Quiénes son todos? Sin duda los políticos dinásticos, o aquellos a que se suele llamar gubernamentales. Pero concentrarse supone un centro y aquí ¿dónde está? ¿Dónde está ese centro?

Y en tanto, hablándose de concentración—concentración liberal democrática; concentración conservadora o de derechas—, los ciudadanos en general se descentran y se dispersan. Y acaso sea esto necesario, porque hasta que no lleguemos a lo hondo, a lo más bajo, a lo que Maura llama “declive” y nosotros llamamos “derumbe”, no hay modo de que empiece la subida. Y aún no estamos en la hondonada, en el barranco. En el barranco estaremos cuando el supremo poder del reino, cuando el poder a que

se llama—por antonomasia o contranominación sin duda—moderador no encuentre de quién echar mano para la gobernación del Estado, cuando no haya hombre con alguna solvencia política y moral e intelectual, que vaya al Gobierno ni atado y conducido por la Guardia civil, cuando ni las lágrimas acaso sirvan para moverle a un ciudadano a un sacrificio estéril.

Añadía el conde que el país les odia a los políticos como acaba de manifestarse con ocasión de las dietas. Y no es del todo así. Una parte del país podrá odiar a los políticos, pero acaso la mayor y la mejor parte de él les compadece. El país compadece a los políticos. O los desprecia más bien que odiarlos. Son pocos, muy pocos los políticos que despiertan odios. El político español no suele ser odioso. “Las cosas que tiene que hacer el pobre!”—solemos decir—. Porque nuestros políticos no suelen ser violentos, sino lo que ellos creen ser, hábiles. Aunque esa “habilidad” suela ser, ¡claro!, peor que la violencia. Y al pícaro, especie de hidalgo gitano, rara vez se le odia. Más bien se le compadece.

En el mismo diario y en el mismo número en que leímos esas manifestaciones del conde encontramos un artículo de nuestro amigo Alvaro Alcalá Galiano—¡qué recuerdos nos suscita este apellido!—sobre la huelga y el ciudadano. Se refería a la huelga de los oficiales de Correos, sobre la que ha logrado el Gobierno, fabricando una opinión a base de embustes, hacer una verdad oficial. ¿La huelga y el ciudadano? Dígame más bien la huelga del ciudadano. Porque el ciudadano, como tal, está en huelga. Si es que hay ciudadano.

Este Alcalá Galiano de ahora pide que se forme aquí algo como el “fascismo” de Italia, algo que sepa imponerse “a las huelgas, a los gremios obreros, a la tiranía de los Sindicatos, al comunismo rojo y a la debilidad de los Gobiernos”. Pero estamos seguros de que sea eso el “fascismo” italiano? Y en todo caso esa organización—¡otra concentración!—que se impusiera a todo eso, no sabría, no

podría gobernar. No hay otra manera de oponerse a la debilidad de los Gobiernos que derribarlos. Sobre todo, como sucede aquí, cuando esa debilidad no procede de fuera. Y esa organización “fascista” española no

tendría a quién llevar al Gobierno. Ni atado.

Algo así como el “fascismo” quiere ser y hacer el Sindicato libre, que ha surgido, en gran parte, del “requeté”. Pero una organización así no podría llevar a nadie al Gobierno ni atado. Ni a tiros, como pretenden. Porque a Pestaña se los han dado por negarse a ponerse con ellos, a su frente. Y a Seguí le amenazan emplazándole, si no se suma a su movimiento.

“Hora es ya de que aquí también los ciudadanos se organicen”—dice nuestro Alcalá Galiano de ahora—. Pero los ciudadanos no pueden organizarse, como tales, sino en comunidades políticas. Y no decimos partidos por el descrédito en que ha caído este concepto. Los carlistas de antaño llamaban a la suya “comunidad”. No estaba mal. Y las comuniones políticas son muy otra cosa que las concentraciones. Estas se hacen entre restos de partidos, entre partidos deshechos o por hacerse; las comuniones entre hombres de ideales, o más bien de fe. De fe política. Y el centro es esta fe. No entra en las comuniones la estadística electoral. Y, en cambio, las concentraciones se hacen a base de estadística electoral, de fuerzas parlamentarias, de recuento de distritos.

“Están maleados los distritos y saquearlos es obra dura y larga”—dice el conde—. Pero de esto, que es lo capital, otra vez.

MIGUEL DE UNAMUNO